Volando en la bandada

Ariel Hidalgo

Image not found.

Capítulo 1

1 Contando y cantando los días del tiempo como si fuera una melodía, lo encontré sentado en una banca de madera, en aquella plaza de un parque que existe allá lejos, en el sur del país en la ciudad donde vivía.

No era nadie importante. Por el contrario, su aspecto más bien, parecía el de un hombre abandonado por la vida.

Nada aparentaba inquietarle, aunque sus ojos no dejaban de observar a las aves, que jugueteaban con el viento que las hacía volar.

Ellas sin más esfuerzo que batir un poco sus alas, se dejaban elevar tan alto como podían.

Daba la impresión que él, deseaba sumarse a su libertad.

Una barba cana y tupida, le cubría casi toda su faz.

Su pelo caído por el rigor de los años, no tuvieron piedad con su cabeza, descolgándose tan sólo unos pocos cabellos que casi llegaban a sus hombros, le otorgaban a este hombre una aparente descuidada imagen.

No era un Limosnero, tampoco un Vagabundo, dadas sus vestimentas limpias y delicadamente cuidadas, por él mismo.

Aunque éstas denotaban su antigüedad, él no se preocupaba mayormente por ellas. Su vida parecía muy simple. Como la de aquellas aves.

Palomas, Tórtolas, y pajarillos menores, entonaban cuantiosos acordes, agradeciendo el tiempo brindado y alabando al Creador, que las sustentaba.

De uno de los bolsillos de su casaca, el hombre extrajo una pequeña bolsa de papel color blanco.

Introdujo su mano derecha a ella y del interior, extrajo pequeños granos de arroz, el cual esparció en derredor a fin de aglutinar a la mayor cantidad de aves a su lado.

Ellas al observar estos granos, esparcidos por el piso de aquella plaza, comenzaron a bajar cautelosas.

Eran desconfiadas por naturaleza, sin embargo, una tras otra desde lo alto de algunos árboles allí presentes, volaban hacia el alimento. s.

Muchas fueron las que se le unieron.

Algunas miraban con desconfianza, otras más osadas sin importar quién estaba arrojándoles el grano, comían sin parar.

Él lanzaba más a fin que la mayor cantidad de ellas pudiera alimentarse. Era la primera vez que lo hacía en ese lugar.

Alcanzó a contar el número de aves; Veinticinco pájaros diversos se reunieron al festín.

Le llamó la atención un palomo robusto con un plumaje muy brillante y tornasol, distinto a los demás.

Parecía más importante que los otros, porque le permitían comer primero. Luego le seguía el resto, como si fuera el jerarca de la bandada.

Ante el menor movimiento, ellas emprendían el vuelo, aunque a esa hora de la mañana, pocas personas transitaban por el lugar.

Volvían nuevamente las aves a bajar y a comer la mayor cantidad de granos que él les continuaba esparciendo por el suelo, extrayéndolos de la pequeña bolsa.

Parecía que no se acababa nunca, dado que las pequeñas avecillas comían cada una más que la otra.

El hombre, las contemplaba en silencio.

Ellas agradecidas, lentamente se le acercaban cada vez más, al punto que logró contar cincuenta pajarillos. Todos degustaban los granos.

El palomo de plumaje brilloso, mucho más robusto que los demás, después de tragar su último arroz, voló a lo alto de un gran Ciprés ubicado en medio de la plaza.

Desde allí quedó observando al que alimentaba a sus compañeras de vuelo.

Un niño que se desplazaba en una pequeña bicicleta, al aproximarse demasiado a las aves, las hizo volar a todas juntas, quienes emitieron un gran ruido y alboroto con sus alas, para emprender el repentino encumbrar por el aire.

Cada una tomó una ruta diferente, al punto que casi chocaban entre ellas, pero sin hacerlo, porque son astutas y versátiles. .

Fue entonces que el palomo robusto decidió volar hacia aquel desconocido que esparcía los granos, alimentándolas.

Después de revolotear tres círculos sobre él, de una picada se posó en el borde de la banca donde se encontraba sentado, sin perder su mirada.

El hombre bien vestido y de aspecto descuidado por la barba y sus cabellos largos, le arrojó más arroz al suelo, a fin que el palomo continuara comiendo. Era como un nuevo juego para él.

Sin hacer movimiento alguno, ambos se miraron. Él no quería inquietar a esta única ave que había vuelto tras el levantamiento repentino.

Ninguna otra quiso bajar, como cediendo el privilegio al jefe de la bandada.

Lentamente y dando algunas vueltas apoyada en sus dos patas, casi una danza, el ave se le fue acercando cada vez más, al punto de encontrarse a unos treinta centímetros de aquel hombre.

¡Cucurrucucú! Le cantó dos veces, y él no la interrumpía. Su melodía parecía esta vez más bella que nunca. Así lo percibió.

Otros pajarillos como zorzales, chincoles y gorriones emitían su cántico celestial y lo hacían con fuerza, desde lo alto de los árboles, como agradecidas por aquel banquete de arroz.

El hombre no sabía cómo reaccionar para hacerlas volver y no emprendieran nuevamente el vuelo, como en aquél momento en que el niño las alborotó al pasar en su bicicleta.

La tranquilidad del lugar era propicia para una nueva reunión, más aún cuando la sombra de los árboles de la plaza, contribuía a la quietud y relajación.

De un brinco, el palomo se posó sobre el hombro derecho del desconocido.

El hombre de la barba cana, no quiso hacer movimiento alguno para que no volviera a volar y así permaneciera sobre él.

Parecía una estatua más de aquella plaza.

Había tres de éstas dispersadas por el parque. Mudas y petrificadas de un color blanco.

¡Cucurrucucú! Volvió a cantar el palomo casi en su oído. .

No quería siquiera moverse por darle al palomo la seguridad que no le haría daño, pero éste sabía que ello no ocurriría porque era muy perceptivo.

¡Cucurrucucú! Cucurrucucú! Repitió… ¡Hey Amigo!… ¡A ti te hablo! Dijo el palomo.

Espantado el hombre se sobresaltó y con ello, hizo volar al instante al ave que estaba posada sobre su hombro.

Esta paloma no quiso distanciarse mucho de él, dándole la confianza necesaria hasta que pudiera retomar su posición. Muy cerca de la barba.

El palomo con tres movimientos de sus alas, se posó en el suelo distante como tres metros.

No dejaba de mirarlo con sus pequeños y redondos ojillos.

El hombre creyó haber escuchado mal y dando una mirada en trescientos sesenta grados de su entorno, se percató que cercano a él no había más personas que hubiesen podido hablarle.

Se dijo a sí mismo: "¿Habré escuchado lo que oí?" El palomo desde el lugar en que se encontraba, comenzó lentamente a caminar hacia aquel hombre en extremo sorprendido y volviendo a cantar ¡Cucurrucucú!... ¡Cucurrucucú!, le repitió: ¡Hey!, ¡A ti te hablo! Esta vez no le cupo duda que aquella aparentemente frágil ave le estaba conversando.

¡Sí hombre! le dijo. Te estoy hablando, ¿Me puedes entender? El varón asintió con la cabeza sin perderlo de vista. Pensaba que esto era producto de su imaginación volátil.

Decidido a seguir la conversación, se atrevió a decirle: ¿Puedes hablar? ¿Cómo lo haces? El palomo, se expresaba con el desconcertado barbudo cano, como si se tratara de un ave más o más bien, como si el emplumado amigo fuera una persona.

Continuó diciéndole a aquel extraño: ¡Te estoy hablando Gerardo!, ¡Te conozco desde antes que nacieras!, ¡No te .

¿Cómo que yo te he llamado? ¿Me conoces de antes que naciera?, ¡Hombre tengo más de cincuenta años!, le dijo el sorprendido Gerardo, hablándole como si fuera aquella avecilla una persona más, de tantas.

¡Tranquilo! Le dijo el ave, ¡Cálmate un poco y para que veas que así es,

me acercaré más hacia ti! De esta forma te lo explicaré.

Volando con dos sacudidas fuertes de sus alas, el palomo esta vez se posó sobre su rodilla izquierda.

¿Cuál es tu nombre? Le preguntó el hombre, porque ya sabes el mío.

Todos me dicen "Paloma", porque mi verdadero nombre aún no lo sé. Sólo mi Padre y mi Madre saben cómo me llamo. Para conocerlo, deberías consultar con ellos.

¿Quiénes son tus padres? ¿Dónde se encuentran? Le preguntó intrigado.

Te lo diría, pero no los conocí, por esta misma razón he venido hasta acá, a buscarte Gerardo.

Hace algún tiempo que lo estoy haciendo y cuando te vi desde lo alto, con la bolsa de arroz alimentando a mis amigas y amigos, me di cuenta que eras a quien yo busco.

Tenemos muy buena vista, puedes comprobarlo ahora. De muy lejos te divisé y volé hasta este sitio, pese a que mi rumbo estaba trazado a otro lugar. Más al sur.

He dado innumerables revoloteos por toda esta ciudad y como no te hallaba, mi destino sería otro, hasta encontrarte.

Ya sabes, el mundo animal y el humano son demasiado diferentes. Muchas aves y animales de todo tipo buscan a alguien por este mundo.

Yo busqué por ti, siendo tú el que me llamaste, te lo repito.

Comencé a buscarte exclusivamente a ti, desde hace poco más de un año. ¡Vaya que me has resultado difícil! ¡Son muchos vuelos sin descanso y demasiados kilómetros recorridos…Pero eso no importa!. Tenemos autonomía para mucho más. Replicó la paloma, sin ser arrogante. La humildad la caracterizaba. .

Esto la hizo volar muy rápidamente desde la rodilla donde estaba posada, porque continuaba siendo temerosa de los movimientos humanos.

Conociendo siempre y en primer lugar, sólo malas intenciones por parte de éstos. De allí tanta desconfianza hasta no percatarse de lo contrario.

Emprendió esta vez un vuelo más alto, llegando a la cúspide del Ciprés.

El hombre se inquietó por la impertinencia del niño, que en su inocencia,

ignoraba todo lo que ambos hacían.

Conversar como dos amigos. Aún sin serlo.

El palomo no perdiendo su esencia, espantado emprendió su vuelo, y desconfiando todavía, observaba al niño y a su bicicleta desde lo más alto, que muy rápidamente y con bruscos movimientos era conducida por el menor.

Este hombre visitante de aquella plaza ubicada en el sur de su país y con la barba canosa, comenzó a llamar al palomo emitiendo con su boca sonidos parecidos a ¡Pssts! ¡Pssts! ¡Tucutucutuuu! ¡Tucutucutuuu! ¡Palomito Ven! Lo que hizo en repetidas ocasiones, emitiendo otros sonidos similares, clamándolo a su lado nuevamente.

Lo divisaba en lo alto de aquel Ciprés y comenzó a vocearle a viva voz: ¡Palomito! ¡Palomito! ¡Vuelve acá! ¡Ven, no tengas temor! ¡El niño ya se retiró! ¡Vuelve! Esto, con gritos cada vez más fuertes y audibles, al punto que las pocas personas que estaban en la plaza algo retiradas, voltearon a ver quién emitía estos sonidos casi descontrolados.

El palomo repentinamente se vio rodeado por el resto de palomas que le acompañaban al comienzo y juntándose todas en las ramas del árbol, emprendieron el vuelo, después de dar un par de vueltas por la plaza, por el parque y retirarse del lugar.

Gerardo volvió a arrojar más granos de arroz en el piso hasta vaciar la bolsa, pero no acudían las palomas, sólo Gorriones, Jilgueros y un par de Tordos bajaban a comer apresurados los granos esparcidos, hasta no dejar siquiera uno.

¿Dónde habrán ido las palomas?, se preguntaba.

Buscó por todos los árboles de la plaza y el parque, logrando ver a un grupo de diez de ellas que volvían a posarse en .

Caminó por toda la plaza, la que era grande, ocupando una faja de tierra de trescientos metros de largo por cuarenta de ancho, ubicada de oriente a poniente hasta casi llegar al mar.

Había muchos árboles, pero pocos eran de gran altura.

El Ciprés sobrepasaba a todos.

Le seguían un par de Araucarias y otros como Castaños y Cedros del Líbano adornaban el entorno, pero eran relativamente nuevos y su altura

no se alzaba por sobre los cinco metros.

El resto de la flora, era arbustos diversos de poca altura, porque el césped predominaba y los senderos para caminar, además de aquellas tres estatuas, mudos testigos no presenciales.

Las bancas donde las personas podían tomar asiento, eran confección de hormigón pulido y granito.

Algo duras, pero cómodas a la vez dada su ergonomía, principalmente para la espalda.

Muchas aves había en aquel lugar, pero no la que Gerardo buscaba.

Volvió a tomar asiento en el mismo sitio donde se encontraba, cercano al Ciprés, esperando que aquel palomo retornara y juntos, poder retomar la conversación, lo que pasadas doce horas, no ocurrió.

El hombre, pensó que todo aquello había sido producto de su imaginación, no le cupo duda, y el agotamiento de la infructuosa espera ya se hizo notar.

Era la noche, porque mucho esperó por el palomo, y como éste no llegó, con algo de frío y apetito, quiso emprender la retirada, pensando volver al alba al mismo lugar.

Tantas veces como fuera necesario lo haría, y esta vez, con una bolsa de un kilo de arroz.

Antes de retirarse a su hogar, caminó por toda la plaza en todo lo largo y ancho de ésta, llamando al palomo.

¡Palomo! ¡Palomito! ¡Vuelve por favor! Gritaba a viva voz.

Las pocas personas allí presentes, extrañadas lo miraban, pensando que se encontraba ebrio o enajenado mentalmente, acaparando la atención.

Nada ocurrió. Muchas aves observó durante el día, palomas diversas, pero ninguna como aquel palomo que le habló. .

Caminando de vuelta el recorrido efectuado, resignado y entrada la noche paró de hablar solo, dirigiendo sus pasos a la casa que lo cobijaba, distante a tres cuadras del parque.

Mañana será un nuevo día y a ver si vuelve el palomo que habla. Se dijo.

Una vez llegado al inmueble, allí lo esperaba su familia. Le preguntaron

por la demora y se mostraron muy preocupados por su tardanza.

Él nada les comentó al respecto y solo evasivas daba, ante numerosas preguntas, argumentando que necesitaba meditar y excusándose, denotaba no estar muy bien anímicamente.

Cenó algo que ni siquiera supo qué era, pero se alimentó.

Su mayor preocupación era volver a encontrarse con el palomo.

Rendido por esta experiencia, acudió al baño para darse una ducha con agua tibia y colocándose su pijama se durmió.

Esa especial noche no cerró los ojos.

Estaba inquieto y sólo pensaba en aquella ave, cuyo nombre no supo.

¿Me estaré volviendo loco? ¿Estoy enfermando? Se auto-preguntaba una y otra vez, hasta que pasadas algunas horas, logró dormirse, agotado.

Su estómago le dolía más de la cuenta y un ardor desagradable lo incomodaba.

Este malestar le hizo dar muchas vueltas en su cama.

Casi vio el amanecer después de conciliar el poco sueño que logró brindar a su agotado cuerpo.

Se levantó apresurado por tanto, con la única intención de volver al parque.

Quería encontrar al palomo cuyo nombre no logró conocer y saber más de él.

Un café algo tibio fue su único sustento para enfrentar este nuevo día. No lograba aceptar nada más. Se mostraba ansioso.

No olvidó en ningún momento el kilo de arroz para alimentar a las avecillas de la plaza del alargado parque.

Su casaca no podía faltar. La misma del día anterior. .

Durante el día, el sol abriga lo suficiente con buena radiación. De allí su exuberante vegetación, bien alimentada con lluvias recurrentes, incluso en estaciones de verano.

Esto a él no le importaba, gustaba de la lluvia esporádica de esa

temporada, no así de los interminables días del pluvioso invierno.

Con la bolsa conteniendo el kilo de arroz para las aves portada bajo el brazo, salió del inmueble y presuroso encaminó sus pasos hasta la plaza del parque, sentándose en la misma banca de hormigón y granito.

Era muy temprano, no más de las siete de la mañana.

Previo a ello y mientras caminaba por los senderos del parque para alcanzar la banca, escuchaba el cántico de las aves.

Eran muchas las que lo hacían, unas con más fuerza que otras, como si se tratara de una competencia.

¿Cuáles eran los más melodiosos? No logró saberlo ya que todas ellas entonaban su mejor cántico.

Este ritmo celestial estaba dirigido a su Creador. Así le pareció sin lugar a dudas.

¿Estarán agradeciendo el nuevo día y cada grano, insecto o piedrecilla que ellas ingerirían para sustentarse por los aires?, se preguntaba.

Cada vez que apreciaba a alguna avecilla, así ocurría.

Por dondequiera que estuviesen, éstas siempre comían y bebían sin mayor esfuerzo.

Esto lo hacen a diario y en cuanto comienza a alumbrar el primer rayo de sol. Su levantada siempre es muy temprano.

Gerardo pensaba esto mientras apresuraba su paso hasta alcanzar la banca.

Una vez allí, comenzó a esparcir muchos granos de arroz por el piso de baldosas en aquella plaza del parque.

Asimismo, dada la hora no había otras personas por el alrededor.

Aprovechando esta condición de soledad, gritó muy fuerte, mientras daba vueltas con su cuerpo: ¡Palomito! ¡Amigo! ¡Yuju! ¡Aquí he vuelto! ¡Hey! ¡Soy Gerardo! .

Al ver que los pajaritos eran más que las palomas, gritó más fuerte aún: ¡Palomas! ¡Avisen a su jefe que estoy aquí! Pero ante los gritos sólo obtenía que las tres palomas emprendieran un corto vuelo apartándose

rápido del lugar.

Las demás avecillas sin inmutarse, comían todo cuanto podía caber en sus buches.

¡Bah! ¡Palomas tontas! ¡Todas son temerosas y lerdas! Les gritó. Como buscando alguna compensación.

A Gerardo sólo le interesaba aquel palomo parlante, ninguna otra.

Fueron transcurriendo las horas, hasta llegar el medio día y nada.

Quedaba algo menos que medio kilo en la bolsa de arroz.

¡Todos los pájaros me están comiendo lo que traje! ¡Se terminó! Les gritó desesperado, cerrando la bolsa en un acto de mezquindad.

¡Ya váyanse a otro lugar!, y con sus manos hizo ademanes para que se fueran.

Espantadas las aves más pequeñas y las tres palomas se retiraron sin agradecerle tanto alimento otorgado.

¡Egoístas! Les gritó, ¡Comen y no pagan!, ¡Todo les sale gratis!, ¡Ni abrigo usan!, ¡Y en cualquier rama, cable, edificio o techumbre pueden dormir! ¡Bah! ¿Cómo no van a estar agradecidas de quien les da la vida? No dejaba de pensar y decirse esto en voz alta, conversando esta vez, sólo consigo mismo.

Ante la ausencia de palomas, decidió levantarse de la banca de hormigón y granito e ir a buscar hacia la ladera de un cerro, próximo al parque.

Éste Distaba otras tres cuadras más hacia el sur del lugar en que se encontraba.

Allí este parque más grande aún que el anterior, enclavado a los pies del pequeño cerro y provisto de un tupido e .

Situado de Poniente a Oriente alejándose cada vez más del mar, este frondoso parque poseía más árboles que el anterior. Decidió por tanto, buscar ahí al palomo.

Con muchas más personas que el otro, este parque se extendía alrededor de siete cuadras al oriente, hasta llegar a una laguna con patos, cisnes y otras aves.

Caminó lentamente y detenía al poco andar su marcha, para arrojar un nuevo puñado de arroz al voleo, a ver si el palomo parlanchín se le

aproximaba nuevamente.

El reloj del campanario de la Iglesia más próxima daba las cinco de la tarde.

¡Increíble cómo se ha pasado el tiempo! Decía.

¡Y yo, sin ver al palomo! Volvió a caminar esta vez más rápido tratando de alcanzar la laguna.

¡Allí debe estar! Pensó.

Desde lo alto de un florido y grueso Jacarandá, escuchó una voz que más bien semejaba un pensamiento en su cabeza y en su corazón que le decía: ¡No pienses tanto Gerardo! ¡Desde ayer que no me has dejado tranquilo! ¡He escuchado cada grito y pensamiento que has tenido! ¡Tranquilízate! Seguidamente, culminada esta voz, miró a su alrededor y a lo alto del árbol buscando al palomito, no encontrándolo.

¡Bien chiflado estoy! ¡Esquizofrenia! Se dijo.

¡Estoy alucinando! Sobreviniéndole gran temor.

Gerardo nunca había tenido experiencias similares.

¡Un Médico me hace falta! Se repetía una y otra vez tocando su cabeza que se alborotaba.

Rascó su barba tupida y larga buscando una explicación, dejándose caer de rodillas en el césped.

Allí comenzó a llorar. Las lágrimas bañaron todo su rostro y mucosidades de su nariz no tardaron en dejarse caer. isa.

Nada le sirvió más en aquella ocasión.

Cuando lo hizo por segunda vez, el palomo se hizo presente a su lado sin ver de dónde se dejó caer.

Sólo escuchó su voz que nuevamente le dijo: ¡Gerardo!, ¿Cómo eres tan impaciente? Al oírlo hablar, el hombre de la barba cana, abrió sus ojos empapados de lágrimas y vio al mismo palomo, como la primera vez.

Ahora estaba a su lado derecho y de un brinco saltó a la cabeza de Gerardo.

Éste sintiendo las pequeñas garras de las patas del ave que se afianzaban sobre su mollera, muy delicadamente guio su mano hasta alcanzarlas y el

palomo se posó en su dedo índice, bajándola de allí y colocándola frente a sí.

La saludó respetuoso y le dijo: ¡Qué bien hiciste en buscarme! ¡No he dejado de pensar en ti! Su emoción fue tal que nuevamente comenzó a llorar, esta vez no de angustia sino que, de felicidad.

Gerardo se dio cuenta que aún la cordura no le había abandonado por completo.

El palomito sólo atinaba a observarlo muy fijamente.

¿No me dices nada? Replicó el hombre.

¡Tranquilo!, le dijo el ave, ¡Ven que te llevaré a un lugar más apacible que este parque, que ya se encuentra muy concurrido de personas! y eso me altera un poco.

¿Dónde me llevarás? Dijo Gerardo con ansias.

¡Cierra tus ojos! Le encomendó el palomito, ¡Ya verás! Haciendo caso inmediato a esta avecilla, él cerró sus ojos. Al hacerlo, sintió que era él quien ahora estaba sobre la cabeza del palomo.

La estatura de Gerardo disminuyó al punto que las suaves plumas de la cabeza del ave, parecían un mullido colchón.

Todo era ahora demasiado grande para él.

De la misma forma, ¡Inmensa! veía a aquella frágil e indefensa paloma que le hablaba. .

Bien afianzado de las plumas de la cabeza del palomo, Gerardo observaba la pequeñez del ser humano y toda la obra de sus manos.

¡Su emoción y alegría era tal que gritó: ¡Ehhh! Estamos volando ¡Jajajaja! No paraba de lanzar grandes carcajadas.

El palomito le dijo: ¡Vas cómodo anciano? A la vez que también se sumó a las carcajadas.

Parecían dos adolescentes, especialmente cuando el ave comenzó a dejarse llevar por las corrientes de aire ascendentes.

Gerardo chillaba aún más, locamente de alegría.

El palomo le decía: ¡Espera a que veas este escarpado! ¡Yajuuuuu! ¡Jajajajaja! ¡Viva la Vida! ¡Yajuuuu! Gerardo no paraba de reírse al igual

que su amigo el palomo.

¡Hagamos un looping! ¡Afírmate fuerte! ¡Uhhh! ¡Ohhh! Más ¡Yajus! y otras expresiones vertiginosas lanzaba Gerardo ante cada maniobra en extremo seguras de aquella ave.

¡Que buen piloto eres! ¡Felicitaciones! Le dijo el hombre de la barba al palomo fornido.

Es mi naturaleza, nada más, le replicaba el experto en acrobacias.

¡Soy capaz de cruzar el océano, si nos lo proponemos. En bandada, únicamente, así como todas las aves y varias veces.

Mis motores son únicos y maravillosos, no fallan como "Otros" se jactaba la pequeña ave.

Después de tantas demostraciones y habilidades por parte del palomito, llegaron al alto Ciprés de la plaza del parque donde ambos se conocieron.

Se reunió allí con otras cincuenta palomas que estaban dispersas en las ramas del árbol.

De tantas que había, sólo una de éstas era blanca, el resto plomizas y algunas de tonos café. los.

Ningún otro pajarillo se encontraba en este árbol, sólo había palomas en la cantidad señalada.

El ahora amigo de Gerardo, se posó delicadamente en una rama muy alta, al lado izquierdo de la paloma blanca, quien parecía esperar por ellos.

¡Buena Tarde! Le dijo el palomo tornasol a la paloma blanca.

¡Disculpen!, nos retrasamos un poco, porque enseñaba mis proezas y habilidades en el vuelo a Gerardo.

El ave blanca como la nieve, parecía brillar más de la cuenta y un aura dorada le circundaba.

Gerardo de inmediato supo que se trataba de alguien importante dentro del grupo.

Allí arriba de la cabeza del palomo, donde estaba ubicado Gerardo, escuchó que a su amigo, la paloma blanca le expresó: ¡Te estamos esperando Foreign! (Extrajero).

Pensó que ése era el nombre de su amigo, y mientras estaba en esta meditación, el palomo blanco dirigiéndose a Gerardo lo saluda diciéndole: ¡Bienvenido al mundo de las aves del cielo querido Gerardo! ¿Cómo te encuentras en estos instantes? Exclamando ¡Ohhh! ¡También tú puedes hablar! ¿Todas las palomas lo hacen? Preguntó sorprendido.

El palomo blanco con un leve movimiento de cabeza le señaló que no es así. A la vez agregó: ¡Todas podrán hacerlo sólo si yo les doy la voz y el idioma indicado! ¿Quién es usted? Le preguntó Gerardo.

¡Soy El que Soy! y ¡Quiero lo que quiero vengo a buscar!, le indicó.

¡Caramba! Expresó con asombro el hombre de la barba tupida; tan pequeño que apenas era visible entre las suaves plumas de la cabeza de Foreign.

Agregó seguidamente el palomo blanco, que su nombre es Jesprual, pero que todas las aves que lo conocen le minimizan abreviándolo como "Jepru" ¡También puedes referirte a mí con ese nombre! No con otro. Le señaló.

¡Muy bien! Afirmó Gerardo convencido.

¿Estamos todos y todas preparados?, dijo con voz fuerte y convincente Jepru, refiriéndose a la partida de la bandada. .

Le preguntó: ¿Cuál es tu nombre?, ésta respondiéndole le señaló: Soy Minina y pertenezco también a la bandada.

¡Tú, Minina, debes ir a un costado de Foreign!, le agregó con cierta autoridad Jepru.

De inmediato y culminado el coro de palomas, Jepru se lanzó al vacío desde la altura del Ciprés seguido de Foreign y por Minina, que se ubicó al costado izquierdo del palomo amigo de Gerardo, como le fuera ordenado por el albo palomo, asimismo, por las otras cincuenta palomas, quienes seguían al palomo blanco, líder de la bandada en una ordenada posición.

Revolotearon un par de vueltas muy amplias y escarpadas, para luego agitar con fuerza las alas y encumbrarse por sobre los mil metros de altura, en busca de vientos y corrientes ascendentes.

Gerardo sorprendido le preguntó a su amigo Foreign: ¿Dónde nos dirigimos ahora? De inmediato le contestó: ¡Haremos un vuelo directo y sin escalas de dos mil trescientos kilómetros!, rumbo al Norte.

El viento soplaba fuerte y casi no se escuchaba la conversación que sostenía Gerardo con Foreign, por tanto éste le señaló con voz muy

fuerte: Evitar hacer preguntas, guardar silencio y fijarse en Jepru, quien iba en la avanzada guiando a toda la bandada y disfrutar su aventura.

Volaban paralelos a la línea de la costa ubicada abajo a la derecha, a su izquierda se encontraba el inmenso mar.

Pasados unos diez minutos, mientras cruzaban la desembocadura de un río ancho, a la bandada de palomas, se le unió otro grupo conformado por cincuenta aves de la misma especie, las que eran guiadas por un palomo fornido y con plumaje muy tornasol, brillante en extremo.

En cuanto este líder se aproximó a Jepru, con un leve movimiento de cabeza le solicitó ser aceptados en la bandada, a lo que el palomo blanco asintió convenientemente, sin abandonar su posición como punta de lanza, liderando ahora a ambos grupos.

Volaban sin descanso. Gerardo se sorprendía cada vez más de la capacidad de las aves, que aprovechando la física energética del aire, lograban sustentación y ahorraban energía. .

Gerardo para no sentir el fuerte impacto del viento sobre sí, se agazapaba entre el denso y suave plumaje de su amigo; el palomo que lo portaba.

Las plumas lo abrigaban tanto como si ellas fueran un grueso abrigo, sintiéndolas blandas y mullidas, parecían un cómodo colchón. Otra cualidad más de estas avecillas. Pensó.

¡Aquí puedo dormir incluso! Se decía convencido el “Anciano Gerardo”, como en más de una ocasión lo nombró Foreign.

Llegada la noche, las palomas de la bandada continuaban su vuelo sin parar. Asimismo, agotado Gerardo se durmió, no sin antes divisar ciudades luminosamente llamativas y extensas que rápidamente quedaban atrás.

El amanecer con los radiantes rayos del sol, aclararon sus ojos oscurecidos por el sueño y la noche.

¡Es el alba!, exclamó al ver la luz, contento y sorprendido por la singular aventura.

El palomo blanco, continuaba encabezando a la bandada en formación.

Nuevamente y como la vez anterior, se fueron sumando desde tierra otros dos grupos de palomas que solicitaron a Jepru unírseles al vuelo.

El líder de la bandada asintió esta acción con un movimiento de su cabeza.

Cada uno